

Estudios

VOCACIÓN-ORACIÓN
UN RIESGO URGENTE Y DE SEGURA EFICACIA

Julio García Velasco *

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v32i102.2095>

He aquí un tema de palpitante actualidad. No obstante, es muy poco lo que se ha escrito y se escribe sobre el mismo. ¿Será porque es un asunto que nadie discute y sobre el que se tienen ideas suficientemente claras? No lo sé. Lo cierto es que la bibliografía es escasísima, si bien las experiencias de oración son muy abundantes.

Con todo, opino que el tema es muy importante, pues no me cabe la menor duda de que el fallo en la oración es determinante en el despertar de vocaciones, así como en el acompañamiento y perseverancia de las mismas. No podemos olvidar que la vocación es DON de Dios, llamada para una misión; y una razón primera y fundamental por la que esa llamada no encuentra, en muchos casos, respuesta, es la falta de silencio interior, de oración.

En la pastoral juvenil y vocacional hemos de tener muy en cuenta el capítulo de la oración. De otro modo, por más que hagamos maravillas, con las mejores técnicas pedagógicas y pastorales, perderemos el tiempo y malgastaremos las mejores energías.

Para estas reflexiones, me voy a basar, en gran parte, en las enseñanzas de Pablo VI y de Juan Pablo II.

Esto supuesto, entremos ya directamente en el tema.

1. MISTERIO DE DIOS Y VOCACIÓN

A la base de toda vocación y oración está el misterio de Dios:

La Trinidad es un misterio de unidad-diálogo-amor.

Lo inconcebible y maravilloso es el que Dios Padre nos llama, en su Hijo, a entrar en ese misterio, mediante una relación interpersonal, de verdadera comunión, amistad y alianza.

* Operario Diocesano. Miembro del Instituto Vocacional Maestro Ávila.

Por otra parte, Dios tiene un *proyecto* sobre el mundo y los hombres, en el que quiere implicar al hombre mismo. Ese proyecto-diseño de Dios, ha sido revelado y realizado en Cristo.

Dice el Vaticano II: «Cristo, el nuevo Adán, en la misma *revelación* del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su *vocación*» (GS 22).

Cristo, el *Hijo*, tiene una *misión*, es «enviado por el Padre, quien nos eligió en él antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser *hijos* adoptivos, porque se complació en *restaurar* en él todas las cosas (cf. Ef 1,4-5 y 10). Así pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el *reino* de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la *redención*» (LG 3). El *Hijo* es, pues, al mismo tiempo, el *Servidor*.

También nosotros estamos llamados a ser *hijos* y *servidores*. Efectivamente, en el Verbo, su Hijo, el Padre nos conoce a cada uno de nosotros, y conociéndonos nos «predestina» para que lleguemos a ser sus *hijos* por nuestra incorporación a Cristo, y participemos en su *misión* redentora. Nuestra *vocación*, por lo tanto, tiene su origen en el misterio eterno de amor de Dios y llega a nosotros en Cristo y por Cristo. La *vocación* es, en pocas palabras, *gracia* y *don* de Dios en Jesucristo.

Todas estas ideas las expone ampliamente el Vaticano II en diversos documentos que no es preciso comentar aquí (cf. LG 2; 3; 4; AG 2; AA 2; UR 2; GS 18; 19).

De lo dicho resulta evidente que para descubrir y realizar nuestra *vocación*, hemos de fijarnos en Cristo; es más, hemos de hacernos discípulos suyos, entrar en el misterio de su *vocación*, dejarnos poseer por él. Es decir: todo tiene su origen y fundamento en la *vocación cristiana*.

2. VOCACIÓN-ORACIÓN, EN CRISTO

Jesús vivió su condición de *Hijo* y de *Servidor* en toda su existencia y, de un modo concreto, en su oración. Los evangelistas, de modo especial san Lucas, nos dicen que oraba intensamente; que se retiraba a solas para orar, de noche, en la montaña; y que oraba antes de los acontecimientos más importantes de su vida, como la elección de los apóstoles, por ejemplo.

El misterio de la oración de Jesús era, en primer lugar, el *misterio del Hijo* en coloquio íntimo con el Padre, en apertura total de su corazón, desde la comunión perfecta y el conocimiento recíproco pleno (cf. Mt 10,21-27). Un misterio cuyo contenido no podemos explicar, porque se trata de una experiencia íntima y personal y, en definitiva, del misterio mismo de Dios.

Pero también se daba en Jesús la *oración del Servidor*: él había recibido

del Padre una misión que deseaba cumplir con entera fidelidad. En un momento de intimidad, les dirá a sus discípulos que su alimento es hacer la voluntad del que le ha enviado (cf. Jn 4,34). Y efectivamente, día a día, momento a momento, con alegría, irá viviendo su misión, siempre dispuesto a acoger la voluntad del Padre; ni querrá anticiparla, ni huirá del momento presente. Serán precisamente estos «kairoi», estos momentos dispuestos por el Padre, los que Jesús vaya haciendo suyos en la oración. En ésta pone constantemente su misión bajo la mirada del Padre y se adhiere a ella con todo el corazón.

Por otra parte, esa oración del Servidor la expresa Jesús a lo largo de su vida con la *alabanza* y *acción de gracias* al Padre por todo lo que continuamente hace por los hombres (Jn 15,17). Y también con la *súplica* y petición. Todas sus peticiones, en efecto, se refieren siempre a su misión redentora; entre ellas, sobresale la maravillosa oración sacerdotal que encontramos en el capítulo 17 de san Juan.

Esta oración del Servidor alcanza su momento cumbre en *Getsemaní* y *en la cruz*, y se perpetúa eternamente en *el cielo*, junto al Padre, donde Jesús está siempre vivo para interceder por nosotros (Heb 7,25), para que su obra siga adelante (SC 6), para que «lo que una vez se obró para todos en orden a la salvación, alcance su efecto en todos en el curso de los tiempos» (AG 3).

3. ORACIÓN-VOCACIÓN CRISTIANA

Si hemos definido la oración de Cristo como adhesión de su corazón a su existencia de Hijo y a su misión, también podemos definir nuestra oración, como adhesión espiritual a nuestra existencia de gracia y a nuestra vocación.

La oración es, ante todo, *toma de conciencia* de nuestra vida sobrenatural, de nuestro *ser de hijos de Dios*, de la alianza que Dios ha hecho con cada uno de nosotros, conciencia de que vivimos en la presencia de Dios, amorosamente envueltos en su acción continua y providente. Así entendida, la oración no es algo *exterior* a nuestra vida, sino la *interioridad* de la misma, nuestra verdad más profunda.

A través de la oración tomamos conciencia, cada vez más honda, del ser de Dios: el Dios creador, el Dios de la Alianza, el Dios Trinidad que nos ama y nos salva. La oración contemplativa nos acerca a Dios; y entonces, al tiempo que tomamos conciencia de nuestro ser de *pecadores*, nos sentimos atraídos por la exigencia de su *santidad* (Is 6,1-5). De este modo, la oración alcanza su objetivo: realizar en nosotros la vocación a la santidad (LG 39-42). Ciertamente, ya somos hijos de Dios, pero estamos llamados a una plenitud de filiación, a una plenitud de santidad. Para lograrla, un medio privilegiado es la oración.

Pero no basta considerar solamente nuestro ser de hijos de Dios. Hemos de tener en cuenta que la oración es también adhesión espiritual a nuestra *vocación*, y ésta contiene siempre no sólo una llamada a la santidad, sino también una *misión* en el pueblo de Dios.

Todos somos objeto de una vocación personal en orden a una misión. Y así como Jesús tomaba conciencia de su misión redentora en la oración, así también nosotros debemos tomar conciencia de nuestra misión a través de la oración.

En la oración adoramos el misterio de la vocación, respondemos con obediencia filial a la iniciativa de amor por parte de Dios, decimos sí a su llamada, comprendemos que nuestra vocación hunde sus raíces en la eternidad. Dice Juan Pablo II: «Desde que comenzamos a existir en los designios del Creador y él nos quiso criaturas, también nos quiso *llamados*, predisponiendo en nosotros los dones y las condiciones para la respuesta personal, consciente y oportuna a la llamada de Cristo o de la Iglesia» (OR, 20 julio 1980, 7) ¹.

4. VOCACIÓN: DIÁLOGO-AMISTAD CON CRISTO

«En el origen de toda vocación, dice Juan Pablo II, está siempre *Jesucristo*, suprema encarnación del amor de Dios; en el amor de Cristo, la vocación encuentra su porqué. Él mismo lo explicó: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto» (Jn 15,16)... En el fondo, quien nos llama es el Padre, el agricultor (Jn 15,1) y nos atrae aquel que él envió (cf. Jn 6,44). Su llamada prolonga en nosotros la obra de amor comenzada con la creación. Pero es siempre Cristo —directamente o a través de su «sacramento universal de salvación» que es la Iglesia— quien hace perceptible la llamada divina a un trabajo que es colaboración personal con él. Eso hizo él con los primeros apóstoles: «subió a un monte y, llamando a los que quiso, vinieron a él» (Mc 3,13; cf. 6,7). (OR, 20 julio 1980,7).

En Mc 3,13 encontramos tres aspectos significativos de la llamada que hace Jesús: llama a cada uno individualmente y *por su nombre*; les llama a *predicar* el evangelio; y para que estén con él, es decir, los hace *amigos* suyos, introduciéndolos en la unidad de vida y acción que él tiene con el Padre, en la vida misma de la Trinidad.

En todo ello vemos ya la necesidad de la oración. Para *percibir* esa llamada personal de Cristo, hay que tener la antena del espíritu preparada y situar-

1. Las citas de «L'Osservatore Romano» se toman de la edición en lengua española.

nos en la longitud de onda adecuada. Eso es lo que hace la oración. Ordinariamente, los hombres vivimos distraídos, perdidos en la diversión, aturdidos por el ruido de la vida o perturbados por el dolor de cada día. Lamentándose de la disminución de las vocaciones, decía en una catequesis Pablo VI: «...el oído del hombre moderno está ensordecido por el fragor del progreso exterior, o encantado por la magia de nuestra locuaz cultura; no oye, no escucha la voz arcana de Cristo. Y si este oído profano llega a percibir algo del eco evangélico, frecuentemente lo quiere interpretar por sí mismo; es decir, se escucha más a sí mismo que a la auténtica llamada del Espíritu. ¡Cuántas riquezas desperdiciadas así, cuántos destinos humanos, incluso en el ámbito del hecho religioso, no llegan a madurar!» (OR, 21.11.1971,16).

Normalmente, Dios no hace las cosas a prisa. La vocación se desarrolla en un *diálogo* prolongado, sincero y cordial con Cristo. El diálogo es oración, amistad, vida cristiana. Hemos de tener en cuenta que un joven no descubre su vocación ni se compromete con ella por el simple hecho de que escuche una conferencia o charla vocacional, o preste un servicio social. Todo eso es bueno, y hay que hacerlo, pero no basta. Lo fundamental será siempre el llevarle al espacio donde resuena la voz de Cristo que le llama: la oración. En ella se concentran los gritos y llamadas angustiosas de los hombres para dejar paso a la voz de Cristo que dice «te necesito a ti».

En la Biblia encontramos el diálogo como elemento fundamental de la vocación profética. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en la *vocación de Jeremías*. Cuando éste percibe con claridad que Dios le llama, experimenta inmediatamente la sensación de su propia insuficiencia y entabla un diálogo con Dios en el que intenta escabullirse: «¡Ah, Señor Yahvéh!..., no sé hablar..., soy un niño». Pero Dios le replica haciéndole ver la inconsistencia de su argumentación, y que no tiene que temer, puesto que contará siempre con la presencia y el poder de Dios: «irás adonde te envíe yo, y dirás lo que yo te mande. No tengas temor ante ellos, que yo estaré contigo para salvarte...» (Jer 1,6-9).

A propósito de este texto decía en cierta ocasión Juan Pablo II: «¡Qué profunda es la verdad que se encierra en este diálogo! Nosotros deberíamos hacerla incondicionalmente la *verdad de nuestra propia vida*. Deberíamos tomarla con las dos manos y con todo el corazón, vivirla, hacerla objeto de nuestra oración y llegar a ser una sola cosa con ella y por ella. Aquí se encuentra expresada, a un mismo tiempo, la verdad teológica y psicológica de nuestra vida: el hombre que reconoce su vocación y su misión, respondiendo a Dios desde su debilidad» (OR, 30 noviembre 1980, 12).

Este diálogo, repetía el papa, en la ordenación de 141 diáconos en Valencia (España), «tendrá que continuar, ininterrumpido, durante toda vuestra existencia, a través de la *oración*, sello distintivo de vuestra piedad sacerdotal» (OR, 21 noviembre 1982, 10).

El diálogo con Cristo es, pues, esencial para llegar a descubrir la vocación y acogerla con gozo y valentía. No es posible seguir a un desconocido. A Cristo se le conoce intimando con él y siguiendo sus huellas.

«Toda verdadera vocación, decía Pablo VI, nace de *la fe*, vive de la fe, persevera con la fe: una fe sentida y vivida diariamente, con sencillez y generosidad de espíritu, en confianza y amistad con el Señor. En efecto, nadie sigue a un extraño; nadie ofrece su vida por un desconocido. Si hay crisis de vocaciones, ¿no será, quizá, porque antes que nada, hay una crisis de fe? ¡Qué obligación tan grande recae sobre los pastores de almas, sobre los padres, sobre los educadores cristianos de guiar a la juventud moderna al conocimiento profundo de Cristo, a la fe en él, a la *amistad* con él» (Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones, OR, 17 abril 1977, 11). Y el mismo Pablo VI insistía en el Mensaje del año siguiente:

«Sólo una *intimidad* vivida día a día con él, en él y por él puede hacer nacer y acrecentarse en un corazón juvenil la voluntad de donarse irrevocablemente, sin compromisos ni debilidades, con una alegría siempre nueva y regeneradora, a las responsabilidades de ser «ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (cf. 1Cor 4,1), así como la de perseverar en los compromisos crucificadores, propios de la vocación cristiana que brota del bautismo y se desarrolla durante todo el curso de la vida.

Mirad, pues, a Cristo siempre, para instaurar con él un *diálogo* decisivo y fiel» (OR, 9 abril 1978, 12).

Finalmente Juan Pablo II, en su «Carta Apostólica a los jóvenes y a las jóvenes del mundo, 1985», centra su reflexión en el *coloquio de Cristo con el joven*, referido por los evangelistas. El joven pregunta: «¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno *valor* y pleno *sentido*?» (n. 3). Dice el papa: «El hombre es *una criatura* y, a la vez, un hijo adoptivo de Dios en Cristo: *es hijo de Dios*. Entonces la pregunta: «¿Qué me queda aún?», el hombre la hace durante la juventud no sólo a sí mismo y a las demás personas de las que espera una respuesta, especialmente a los padres y a los educadores, sino que la hace asimismo a *Dios*, como *creador y Padre*. El hombre se hace esta pregunta en el ámbito de aquel particular espacio interior en el que ha aprendido a estar en estrecha relación con Dios, ante todo *en la oración*. El hombre pregunta, pues, a Dios: «¿qué me queda aún?», ¿cuál es *tu plan* respecto a mi vida?, ¿cuál es tu plan creador y paterno?, ¿cuál es *tu voluntad*? Yo deseo cumplirla» (n. 9).

La intimidad con Cristo, el diálogo con él es, pues, absolutamente necesario para llegar a descubrir la vocación. Pero hay más. Una vez descubierta la vocación, nos damos cuenta de que se nos envía a *testimoniar* antes que una doctrina, *una Persona*, a Cristo mismo en su realidad y misterio personal. Y es claro que una doctrina, un sistema, se testimonia con la ciencia, pero una Per-

sona solamente puede ser testimoniada por el amor, por la identificación con ella, por la imitación. En este sentido, la oración tendrá la finalidad de ir logrando la *identificación* del «yo» del llamado con el «tú» de Cristo: un mismo corazón, unos mismos sentimientos y una misma voluntad, para convertirse así en un digno discípulo e instrumento suyo, (cf. Gál 2,20; Filp 2,5; 1Cor 3,5; 4,1).

5. ORACIÓN-VOCACIÓN: OBSTÁCULOS, DUDAS Y LUCHAS

El proyecto de Dios sobre cada uno de nosotros es misterioso, y frecuentemente choca con nuestra manera de ver las cosas y con nuestros planes, con las tendencias y debilidades de nuestra naturaleza.

Dice Juan Pablo II: «...la llamada divina, como la que el ángel dirigió a la Virgen María el día de la Anunciación, respeta la libertad y espera la respuesta consciente: «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Por eso, es necesario que la llamada personal sea *esclarecida*, para que la voz del Señor no pase inadvertida. Es necesario que sea *estimulada y protegida*, para que la respuesta libre no sea obstaculizada por las *dudas* interiores, ni sofocada por las *dificultades* del mundo. La realidad del misterio de la elección divina comprende, por tanto, la responsabilidad de la cooperación de cada uno y, al mismo tiempo, la actuación discreta de los que deben acompañar y ayudar a la formación de los jóvenes» (OR, 20 julio 1980, 5).

Es evidente que no podemos superar los obstáculos y resistencias, tentaciones y miedos en el descubrimiento, consolidación y maduración vocacional, sin la luz y la fuerza que el Señor nos comunica en la oración.

El fruto más importante de la oración es la liberación de nuestra libertad. Decía Pablo VI: «Nada parece resistir al Dios que llama: '¿Quién puede resistir a su voluntad?' (Rm 9,19). Y, sin embargo, no es así. Dios se detiene respetuosamente ante la libertad de sus hijos, que ha creado libres. Su llamada, toda llamada, encierra la fuerza y la suavidad de una invitación, que no pierde nada de su poder divino y no quita nada a vuestra libertad. Vosotros sois libres: decidid, pues. Como Cristo ha sido el primero en hacer: «Yo tengo poder para darla y poder para volver a tomarla» (Jn 10,17).

Os lo decimos a todos vosotros, hijos queridísimos, jóvenes y menos jóvenes: no permitáis que personas, ideas o acontecimientos consigan *bloquear* vuestras opciones y vuestras decisiones. ¿Por qué deteneros y esperar? Entretanto, la imagen de este mundo se transforma rápidamente. Nuevas hornadas de hombres llegan a esta tierra. El evangelio tiene que ser anunciado a todos. A los pobres de ayer se sumarán los de mañana. Existen y existirán hambrientos, sedientos, presos, enfermos de cuerpo y alma. Ellos os esperan: en ellos os

espera Cristo (cf. Mt 25,35ss). Hay trabajo para todos. También para vosotros hay un puesto.

Que el Señor os bendiga en este día de meditación y de oración. Os bendiga en vuestra generosidad y en vuestra libertad. Aumente vuestra generosidad y libere vuestra libertad de cualquier obstáculo que la pueda dificultar». (Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones, OR, 6.5.1973, 2).

La llamada de Dios nos pide, en ocasiones, algo *muy costoso*, y entonces necesitamos aún más de la oración. En la Biblia encontramos ejemplos elocuentes de esto. *Abrahán*, por ejemplo, escucha la llamada de Dios que le pide abandonar lo más querido: «Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré...» (Gén 12,1). Abrahán, ya con 75 años, obedece a la voz de Dios, en un acto absoluto de fe, y se pone en camino, hacia un país desconocido, con su mujer estéril (11,30), fiado en la promesa de Dios de darle una posteridad. En su peregrinar, es sostenido por Yahvé que se le aparece y por la *oración*. La Biblia nos dice que, de cuando en cuando, desplegaba su tienda, edificaba un altar e invocaba el nombre de Yahvé (12,7-8).

Los *apóstoles*, más tarde, serán invitados por Jesús a dejar el padre, las redes de pescar, todo (Mc 1,16-20; Lc 5,1-11).

En la vocación de los *profetas* encontramos frecuentemente este aspecto del sacrificio que, en ocasiones, llega a extremos de gran dolor y sufrimiento. Recordemos, por ejemplo, la *vocación de Jeremías* (Jer 1,4-10.17-19; 15,10; c. 20).

Ante la llamada de Dios, Jeremías siente miedo (v. 6) porque sabe que la vocación profética no es un juego, sino, al contrario, algo muy serio y peligroso. Y por eso busca excusas: «no sé hablar...». Y ¿qué hace Dios? No niega las dificultades de la vocación, pero se compromete con él: «Yo estoy contigo para librarte». Estas palabras tendrá que escucharlas Jeremías cada día. «Yo estoy contigo» es la experiencia fundamental de la misión. Más tarde los poderes político, religioso y económico se enfrentarán con él (v. 18), pero Dios le hace una muralla de bronce para que pueda resistir.

Con todo, surge una primera *crisis vocacional* (15,10): él, que es un hombre pacífico, se ha convertido en enemigo de todos, hombre de pleitos y contiendas. Y entonces siente el vacío, el silencio de Dios. Pero Dios no le abandona: le invita a purificarse, a quitar la escoria de su corazón y a volver a la misión. Él seguirá protegiéndole.

Llega, no obstante, un momento trágico (c. 20): su vida está amenazada de muerte próxima, y entonces pronuncia una oración realmente patética. Sus enemigos se burlan de él: ¿dónde está la ayuda de Dios? Jeremías quisiera abandonarlo todo, pero es imposible: Dios se ha apoderado de tal modo de él que lo ha poseído, destrozado. A pesar de todo, la palabra se impone y se abre

camino como lava de volcán, como un fuego devorador. En esa fuerza interna Dios demuestra su presencia y su poder. Y en ese momento trágico de condenación, de abandono para que muera, actúa poderosamente Dios para salvarle. En ese momento último, Dios ha estado a su lado «para librarle».

Jesús pasó también por una experiencia de este tipo. Y en toda vocación puede ocurrir algo así. Y entonces, sin la experiencia de que el Señor glorificado está con nosotros (testimonio del Espíritu), no se sostendrá nuestra vocación. Sin largos momentos en el Horeb, como Elías, en los que sentimos la presencia de Dios, el cansancio, el desánimo y la tristeza nos podrán y acabarán con nosotros.

En estos casos, estamos llamados a unirnos a la oración de Jesús en *Getsemaní*: Jesús quiso tomar una voluntad humana, un corazón de carne sometido a la angustia, al miedo, a la tristeza. En el huerto tenía ante sus labios resecos un cáliz horriblemente amargo, y entonces, en su voluntad humana se estableció una oposición entre la voluntad racional que decía «hágase, Padre, tu voluntad» y el deseo natural de vivir y no morir. En la angustia, Jesús oró intensa y largamente, y esa oración prolongada transformó finalmente su corazón y le llevó a aceptar plenamente la voluntad del Padre. Jesús asumió en su oración el miedo a la muerte, la tristeza, la traición, la soledad; y la oración cambió su corazón. Es un gran ejemplo para nosotros. ¡Cuántas vocaciones fallan porque a la hora de la crisis, no se ora o se ora poco, sin constancia y perseverancia!

En esos momentos críticos de dolor, la oración no suprimirá el sufrimiento, pero nos dará la paz y la fuerza necesarias para cumplir la voluntad del Padre. A Jesús no le apartaron el cáliz y sin embargo «fue escuchado por su piedad» (Heb 5,7). Su oración particular «pase de mí este cáliz» estaba condicionada a la más fundamental y absoluta «hágase tu voluntad». Cuando, más adelante, Pablo pida ser liberado del ángel de Satanás que le abofetea (2Cor 12,7ss) tampoco será materialmente escuchado; sin embargo, con la oración le llegará la fuerza que necesita («te basta mi gracia»).

En la oración, nos dirigimos también a *María la Virgen*, nuestra Madre, nuestra Señora de la vocación, a aquella que es la expresión más perfecta de docilidad a la llamada de Dios y de entrega a la misión salvadora de Cristo (cf. AA 4).

6. LA IGLESIA, LA GRAN LLAMADA Y ESCUELA DE ORACIÓN. ORACIÓN Y MISIÓN

La vocación es un gran misterio de fe. Del misterio mismo del bautismo brota incesantemente la llamada a una vida cristiana plena, en la fe y en la acción, (cf. AA 3).

En la *vocación común* a ser cristianos, cada uno de nosotros está llamado a desempeñar una *función particular* para poner en práctica el designio de Dios (Rm 12,4-7; 1Cor 12,4ss). Por consiguiente, todos debemos acercarnos a Cristo, a su vida, a sus palabras, para descubrir la voluntad de Dios sobre nosotros y poner al servicio de los demás, los dones que cada uno ha recibido (1Pe 4,10ss).

La misión de la Iglesia consiste en anunciar a los hombres su vocación cristiana, invitándoles a escuchar la llamada que dará sentido a sus vidas, ayudándoles al mismo tiempo, a responder con valentía y generosidad a esa llamada.

Decía el papa Pablo VI: «En realidad el hombre, de por sí, no posee una conciencia clara y segura de la propia razón de vivir; y así sucede que cuanto más reflexiona, más invadido se siente por la duda sobre el porqué de la propia existencia, y se convierte fácilmente en víctima de la aristocrática tentación del escepticismo (¿para qué sirve vivir?) o de la tentación empírica del pragmatismo (hacer por hacer, pero ¿para qué?), o de otra tentación peor, la del hedonismo (gozar la vida, esto es todo: carpe diem!); éste es un tormento que crece con el crecer de la cultura y de la posesión temporal de la civilización: el sentido del *sin-sentido*, de la *inutilidad de la vida*. Y entonces, la literatura tiene demasiado frecuentemente un carácter pesimista: he aquí el motivo de que la desesperación parezca la meta obligada del hombre: «nadie nos ha llamado». ¿Recordáis la parábola evangélica de los desocupados que después son contratados para trabajar en la viña del «padre de familia»? (Mt 20). La Iglesia, en cambio, es el resultado de un reclutamiento para un trabajo adecuado y entusiasmador, que proporciona un objetivo y un valor a la vida, el «reino de los cielos». La Iglesia es, por esto mismo, la *matriz de las vocaciones*, la oficina de reclutamiento, podríamos decir, para los hombres en busca de un motivo por el que valga la pena vivir, buscar, amar, actuar, sufrir, morir. Nadie en la Iglesia está ocioso, nadie es inútil, nadie está desocupado, *nadie sin su vocación*; nadie tiene ante sí un vacío de ideales, una ilusión de fatiga; nadie está despistado ni desesperado. Y es un hecho que, con frecuencia, las existencias más míseras se convierten, mediante la vocación cristiana, en las más dignas y preciosas: los pequeños, los pobres, los que sufren. La Iglesia ofrece a cada uno «algo que hacer» que confiere sentido, valor, dignidad y esperanza a la existencia humana. Cada uno es llamado, cada uno es valorado, incluso para la vida presente, si ésta lo es para la futura. ¡Qué riqueza de ideales y de energías se derrama así en el mundo!

Nosotros, pues, que intentamos ver el aspecto positivo de la Iglesia, su rostro iluminado por el sol divino, debemos dar gran importancia al hecho de que ella representa para nosotros *la gran llamada*, la invitación auténtica al reino de Dios; es ella, la Iglesia, la que nos transmite la palabra de Dios; ella la

custodia, la enseña, la interpreta, siempre con celosa objetividad, ella nos estimula a escuchar y profundizar la palabra de Dios, que debe ser para todos una llamada al seguimiento de Cristo y que, para algunos, se convierte en carisma, es decir, don del Espíritu que reclama como respuesta el don del mismo auditor; y ella decide si de esta vocación íntima y psicológica se pueda sacar un ministerio o una oblación para la propia edificación comunitaria», (OR, 21.11.1971, 16).

A este propósito, el Vaticano II pide a los sacerdotes que lleven a los seglares «como de la mano a practicar durante su vida un *espíritu de oración*, cada vez más perfecto, según las gracias y necesidades de cada uno» (PO 5). Los sacerdotes y directores espirituales, conforme a las palabras de Pablo VI, han de estimular y ayudar a «escuchar y profundizar la palabra de Dios» y esto no es otra cosa que la oración. En estos momentos de tanta necesidad de vocaciones, necesitamos *Centros* de orientación vocacional en los que la *oración* ocupe el lugar principalísimo que le corresponde. Los mismos adolescentes y jóvenes lo buscan.

Por otra parte, cuando la Iglesia llama y envía, una siempre la oración a la misión, como Jesús mismo hizo con motivo de la elección de los apóstoles (cf. Lc 6,12-13).

Ésta fue la praxis constante de la comunidad cristiana primitiva: la elección de Matías se realiza en ambiente de oración y a partir de la oración (cf. Hech 1,15-16). Lo mismo sucede con la encomienda a los «siete» de la misión de servicio a las viudas (cf. Hech 6,1-7). La comunidad de Antioquía, reunida en oración, toma conciencia de la urgencia de la misión hacia los gentiles y envía a Bernabé y a Pablo (cf. Hech 13,1-3).

Oración-misión están, pues, indisolublemente unidas. Por eso insiste Jesús: «Rogad al Dueño de la mies para que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38; cf. Lc 10,1-3).

De ahí que la Iglesia siempre ha elevado preces por las vocaciones, y Pablo VI, consciente del mandato de Jesús y de la gravedad del problema vocacional, estableció la «Jornada mundial de oración por las vocaciones».

Siendo la vocación fruto siempre de mediaciones, pues Dios llama sirviéndose de personas, acontecimientos personales y sociales, de mil modos y maneras, la oración constituye una mediación indiscutible, de primerísimo orden, para la vocación.

7. LA ORACIÓN POR LAS VOCACIONES: ¿ORAR PARA QUE DIOS ENVÍE A OTROS?

¡Cuidado! Orar por las vocaciones no significa remitir a Dios la solución del problema vocacional y librarnos de todo otro compromiso.

Podemos rezar para que Dios envíe a otros. Así lo hizo Moisés: «Ah, Señor, manda tu mensaje, te lo ruego, por manos del que debas enviar». Y la Biblia nos dice que «se encendió la cólera de Yahvé contra Moisés» (Ex 4,12-14). Bueno, para suavizar las cosas, le ofreció la ayuda de su hermano Aarón, también es verdad.

Dios no pide imposibles, pues su gracia y poder están siempre con el enviado. Él es el dueño de la mies, de la viña, de los talentos, de las minas...; es quien da la semilla y la hace crecer, pero quiere sembradores, trabajadores, manos, pies, bocas, corazones que colaboren con él, en el establecimiento de su reino. Y llama a todos para una u otra cosa.

Al orar por las vocaciones, oramos por nosotros, para que nos dispongamos generosamente a prestar el servicio que Dios encomienda y espera de cada uno. El primer fruto de la oración es la toma de conciencia de que nosotros mismos, los orantes, somos los enviados por el Señor de la mies.

La oración por las vocaciones nos remite siempre a nosotros mismos, y a nuestro compromiso evangelizador; nos lleva a tomar conciencia de lo que personalmente tenemos que hacer para que, por nuestro medio, Dios realice lo que pedimos: la promoción de vocaciones.

Dice Juan Pablo II: «Cristo, que ha mandado orar por los obreros de la mies, les ha llamado también personalmente... Dios es siempre libre de llamar a quien quiere y como quiere... Pero habitualmente él llama a través de nosotros y nuestra palabra... Nosotros debemos llamar. El resto lo hará el Señor». (Mensaje para la XVI Jornada Mundial de oración por las vocaciones, OR, 29 abril 1979, 1).

Lo que nos mueve a orar es el mandato de Jesús; y el contenido de la oración es el señalado por el mismo Jesús en el Padrenuestro. A este propósito, dice también Juan Pablo II: «La oración nos consiente descubrir continuamente las dimensiones de aquel reino, por cuya venida rezamos cada día, repitiendo las Palabras que Cristo nos ha enseñado. En este caso advertimos *cuál es nuestro lugar en la realización de esta petición*: «Venga tu reino», y vemos cómo somos necesarios para que ella se realice. Y tal vez, rezando, percibiremos con más facilidad aquellos «campos que ya están blanquecinos para la siega» (cf. Jn 4,35) y comprenderemos el significado que tienen las palabras que Cristo pronunció a la vista de los mismos: «Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies», (Carta a todos los sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo 1979, n. 10).

Si quienes oran por las vocaciones son sacerdotes, el objeto primero de su oración, deberían ser ellos mismos en cuanto mediadores eficaces de las llamadas del Señor. Así lo afirmaba Juan Pablo II: «Insistiría... especialmente en la necesidad de que los sacerdotes pidan al Señor de la mies que les ayude a ser

ellos mismos mediadores eficaces, con la propia vida y la propia enseñanza, en esta obra de promoción de las vocaciones». (OR, 25 marzo 1979, 7-8).

8. ORACIÓN DE UNA COMUNIDAD MISIONERA Y MINISTERIAL

La oración es, sin duda, uno de los momentos fundamentales de toda comunidad creyente. Pues bien, cuando la oración se hace por las vocaciones, la comunidad toma conciencia expresa de su carácter ministerial y misionero.

El Espíritu que anima e impulsa a la comunidad, *ilumina* la lectura que ésta, puesta en oración, hace de la realidad: necesidades y problemas que tiene y servicios que necesita en el ámbito del anuncio del Evangelio, del servicio liberador y de la unidad o comunión. Al mismo tiempo, el Espíritu *impulsa* a los orantes a acudir en ayuda de las necesidades, a prestar esos servicios, a cubrir los «vacíos ministeriales» que sufre la comunidad, y a colaborar en la misión general de la Iglesia, en espíritu de corresponsabilidad misionera y comunión con otras Iglesias y comunidades cristianas (cf. AA 2; 5; LG 11; 12; 17; 33; 35).

Con esta asistencia del Espíritu, la comunidad discierne los carismas: las capacidades y valores de los hermanos en orden a los servicios descubiertos como necesarios, y se hace para cada uno de ellos portadora de la llamada del Señor, exhortando, estimulando y hasta «empujando» a la asunción de aquellos servicios.

En todo caso, hablamos de una comunidad jerárquicamente estructurada, en la que el ministerio pastoral tiene la función peculiar de «juzgar sobre la autenticidad y el buen uso de los carismas» (AA 3), de conferir los ministerios y ordenar.

La comunidad, por otra parte, acompañará siempre con la oración a cada uno de sus miembros en el fiel cumplimiento de la misión encomendada o ministerio recibido.

Todo esto quiere decir que la oración vocacional es una oración que se hace en «la vida» y desde «la vida». La oración auténtica nunca es huida del mundo, sino, al contrario, un medio privilegiado para escuchar mejor la voz de la humanidad. La Iglesia, en efecto, llama con la palabra de la humanidad.

Recordemos aquellas conmovedoras palabras de Pablo VI a los jóvenes: «Yo llamo. Yo os llamo, sé que es una audacia mía, quizás vana, quizás inoportuna: pero yo debo lanzar mi voz, como Jesús: venid en pos de mí.

¿Hay alguien que quiera venir? ¿Hay alguien que en medio del alboroto de las mil voces de nuestro mundo, advierte y escucha la mía?

Pues bien, no rechazéis al menos esta invitación, ¡tratad de escuchar!

Me preguntáis: escuchar ¿qué? Escuchar en mi llamada, como primera

invitación, la llamada de la humanidad. Aquella llamada que brota de la humanidad que todavía hoy invoca, que manifiesta sus más auténticas exigencias, y generalmente las expresa sufriendo. Invoca verdad, invoca luz, invoca amor, invoca interés, invoca guía, invoca socorro... ¿No sentís en esa invocación el gemido de una esperanza, seguido del lamento de la desilusión, del extravío, del sufrimiento, de la desesperación? ¿No sentís el gemido de tantos niños infelices, de tantos pobres desolados, de tantos enfermos necesitados, de tantos débiles oprimidos?

¿No os dais cuenta de la tímida y apremiante llamada de quien no sabe a quién confiar algún delicado y doloroso secreto propio? Y ¿no os importa también el clamor de quien trabaja, de quien estudia, de quien se agita sin saber al final por qué? El porqué de la vida, ¿quién lo puede desvelar? ¿Quién puede decir a su hermano: «el que camina en pos de mí no camina en tinieblas»? (cf. Jn 12,35) ¿Quién puede consolar a la humanidad por la inutilidad de sus esfuerzos, por la ridiculez de sus vanidades, por la fugacidad de sus días? ¿Quién puede dar sentido y valor al saber humano, purificar y fortalecer el amor, enseñar el verdadero secreto de la belleza, captar el valor de las lágrimas, abrir la puerta de la tan soñada posibilidad de una vida sobrenatural?

Porque la sinfonía de la vocación se compone de éstas y muchas otras preguntas encaminadas a dar un valor superior de sublimación a la vida humana. Dios llama con la palabra de la humanidad que aspira a la trascendente plenitud de su vida, que sin esta llamada faltaría. ¿Quién sabe escuchar este coro implorante?», (Mensaje para la Jornada Mundial de oración por las vocaciones: OR, 28 abril 1974, 1-2).

La oración en la vida, es y será siempre condición necesaria para el descubrimiento y cultivo de la vocación personal de cada uno. Especialmente el adolescente o joven que se enfrenta con el problema de su vocación, irá descubriendo inmerso en la vida de la comunidad, las necesidades concretas de los hombres y el significado y exigencias de la evangelización. Esa vida le irá haciendo preguntas y pidiéndole servicios que «comprometerán» poco a poco su persona en la línea de una auténtica respuesta vocacional. En y con la comunidad orará por las vocaciones y por la fidelidad de cada uno a su propia vocación. En la comunidad encontrará, además, aquellos «modelos de identificación» que necesita para su desarrollo humano-cristiano, es decir, los testigos de las distintas vocaciones. Finalmente, la comunidad le irá «incorporando» progresivamente a lo que san Pablo llamaba «la organización de los santos» en orden a la «edificación del cuerpo de Cristo». De este modo es como irá «viviendo oracionalmente», descubriendo la llamada y respondiendo a la misma, desde la vida y en la vida misma.

Lo que nos falta, podemos decir, son esas comunidades cristianas que utópicamente dibujamos. Pero hay muchas realidades vivas y signos de espe-

ranza en nuestro mundo. De todos modos, el empeño pastoral de la Iglesia debe ir dirigido fundamentalmente a la creación de esas comunidades de fe, de oración y de amor cristiano donde nacerán y se desarrollarán las distintas vocaciones al servicio del mundo y de la Iglesia.

Instituto Vocacional
Maestro Ávila
Fonseca 29-31
37007 SALAMANCA